

LA IZQUIERDA RADICAL EN EL CORAZÓN DE LA LUCHA ANTIFRANQUISTA



Gonzalo Wilhelmi



Gonzalo Wilhelmi

La izquierda radical en el corazón de la lucha antifranquista *

INTRODUCCIÓN.

En el corazón de la lucha antifranquista

A comienzos de diciembre de 1974, en pleno franquismo, en decenas de viviendas obreras de Navarra y Guipúzcoa se celebraron reuniones clandestinas. En pequeños salones llenos de humo de tabaco, con las ventanas cerradas para no ser delatados, grupos de jóvenes, obreros industriales en su mayoría, preparaban una jornada de lucha por la mejora de las condiciones de trabajo, contra la dictadura y por la libertad. Se trataba de las células de dos partidos ilegales, la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) y el Movimiento Comunista de España (MCE). Los militantes comenzaban las reuniones repasando la historia que contarían a la policía en caso de ser detenidos. Las ganas de acabar con el régimen y de lograr las libertades democráticas como primer paso hacia un sistema socialista ayudaban a sobreponerse al miedo a la tortura y a la cárcel. La rabia ante la pobreza, las desigualdades sociales y la represión alimenta-

* Introducción del libro «Romper el consenso. La izquierda radical en la Transición española (1975-1982)»

ban la voluntad de estos hombres y mujeres que, junto al Partido Comunista de España (PCE) y activistas de organizaciones católicas, habían puesto en pie un movimiento obrero, ilegal pero de masas, llamado Comisiones Obreras (CCOO).

A pesar de la represión, las Comisiones Obreras convocaban huelgas y manifestaciones en las principales zonas industriales de España. Las reivindicaciones eran laborales (principalmente salariales) y políticas, desde la readmisión de los despedidos hasta la democracia y la libertad. Durante las protestas, las asambleas de trabajadores, también ilegales, celebradas en fábricas y en iglesias, se habían revelado como espacios fundamentales para la participación y la toma de decisiones.

En este ambiente de huelgas, que en ocasiones llegaban a afectar a sectores y comarcas enteras, ORT y MCE decidieron intentar generalizar la protesta, con el apoyo de la Liga Comunista Revolucionaria-ETA VI, una escisión de ETA que había roto con el nacionalismo y había abandonado los atentados. La izquierda radical consiguió que su propuesta de jornada de lucha fuera aprobada por las Comisiones Obreras de Navarra y Guipúzcoa, gracias al prestigio y la influencia derivados de su papel decisivo en la creación de este nuevo movimiento obrero. Era la primera movilización de cierto alcance que se realizaba al margen y en contra de la opinión del PCE, principal organización de la resistencia antifranquista y fuerza hegemónica dentro de CCOO, tanto en el conjunto de España como en la gran mayoría de las provincias.

Y llegó la fecha señalada, el 11 de diciembre. Ya en las primeras horas se percibía que no iba a ser una protesta más. El cinturón industrial de Pamplona amaneció parado, con piquetes y asambleas en las puertas de las principales empresas. En Guipúzcoa y Vizcaya, la convocatoria tuvo un amplio seguimiento no sólo en las fábricas, sino también en la banca, los centros de estudio y el pequeño comercio. Las amas de casa hicieron huelga de consumo, dejando de acudir al mercado y realizando

asambleas y movilizaciones. La Policía Armada arremetió con sus jeeps contra las manifestaciones y disparó fuego real, provocando varios heridos. Algunos de los detenidos fueron torturados en los cuarteles de la Guardia Civil.

La participación, estimada en unas 200.000 personas, superó todas las previsiones. En Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra hubo una verdadera huelga general por la libertad, contra la dictadura y por la mejora de las condiciones de vida, desligada, salvo en Navarra, de la negociación de los convenios colectivos. Una huelga laboral y política convocada por dos pequeños partidos comunistas a la izquierda del PCE, que incluía entre sus principales reivindicaciones la disolución de los cuerpos represivos y el derecho de autodeterminación para el País Vasco ¹.

¿Quiénes eran estos jóvenes, trabajadores en su mayoría, pero también estudiantes de clase media, que habían contribuido al desarrollo de CCOO hasta el punto de disputar la hegemonía al poderoso PCE en algunas zonas? ¿De dónde salían estos partidos y organizaciones de la izquierda radical que no sólo aspiraban a la democracia y la libertad sino además a superar el capitalismo? ¿Por qué se convirtieron estos grupos en uno de los objetivos principales de los cuerpos represivos y el sistema judicial franquista?

Las primeras organizaciones de la izquierda revolucionaria nacieron en la década de los sesenta, durante el desarrollismo

¹ “Llamamiento de la ORT y MCE en apoyo a la lucha del 11 de diciembre en Euzkadi”. *En Lucha*, nº 15, Noviembre 1974; “Victoriosa huelga general del pueblo vasco”. *En Lucha*, nº 16, Diciembre 1974; “La huelga general de Euzkadi: un ensayo general”, *Combate* nº 29, Diciembre de 1974; Entrevista a Manuel Burguete y Jesús Urra, 21.3.2015; J.V. Iriarte Areso, “Otoño caliente en Navarra. La huelga general del 11 de diciembre de 1974”. *Gerónimo de Uztariz* nº 14-15, 1999, pp. 105-121; C. García Marroquín y P. Ibarra Güell, “De la primavera de 1956 a Lejona 1978. Comisiones Obreras de Euzkadi”. En D. Ruíz (dir), *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)*. Madrid, Siglo XXI, 1994, pp. 133 y 134.

económico de una dictadura sostenida desde sus inicios por la represión en sus diferentes formas: encarcelamientos, torturas, desapariciones (al menos 130.199), asesinatos, robo de niños (en torno a 30.000), agresiones sexuales contra las mujeres, represalias laborales y destierros. Un baño de sangre que formaba parte de un programa de “terror y aniquilación” cuyo objetivo era, en palabras del general Emilio Mola, “eliminar sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros”².

Con estas actuaciones, el régimen fascista ³ logró arrinconar a la mayoría de las organizaciones históricas de izquierda, esto es, al Partido Socialista Obrero Español (PSOE), a su sindicato hermano, la Unión General de Trabajadores (UGT) y a la anarcosindicalista Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Sólo el PCE logró adaptarse a una nueva situación represiva en la que la mera supervivencia era ya una victoria, convirtiéndose así en la principal fuerza opositora a la dictadura.

² P. Preston, *El holocausto español*. Barcelona, Destino, 2011, pp. 25 y ss; M.A. Rodríguez, *El caso de los niños perdidos del franquismo. Crimen contra la humanidad*. Valencia, Tirant Lo Blanch, 2008; M. Núñez Díaz Balart, *Los años del terror; la estrategia de dominio y represión del general Franco*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2004; F. Espinosa Maestre, “La represión franquista: un combate por la historia y por la memoria”. En F. Espinosa Maestre (ed.), *Violencia roja y azul. España, 1936-1950*, Editorial Crítica, Madrid, 2010, pp. 17-80.

³ Frente a los autores que defienden la naturaleza autoritaria y el pluralismo limitado del régimen del 18 de julio, seguiremos el criterio de Vicenç Navarro, quien defiende su carácter fascista y totalitario equiparable a sus homólogos alemán e italiano, basándose en once criterios: búsqueda no sólo de la toma del poder sino de la creación de una nueva sociedad; líder con cualidades supuestamente sobrehumanas; existencia de partido único; uso de la propaganda para crear un lazo místico entre el líder y el pueblo; nacionalismo extremo; intento de lograr prosperidad material; subordinación de todas las organizaciones sociales, económicas y políticas al régimen; alianza con las grandes empresas; racismo imperialista y antisemita; anticomunismo; negación de la existencia de las clases sociales. V. Navarro, *El subdesarrollo social de España. Causas y consecuencias*. Barcelona, Anagrama, 2006, pp. 125 y ss.

A diferencia de lo ocurrido en la mayoría de los países del entorno, el régimen franquista no acompañó el crecimiento económico de los años sesenta con la reducción de las desigualdades sociales, ni con el fortalecimiento de los sectores estratégicos de la economía, ni tampoco con la incorporación de la mujer al trabajo asalariado. A pesar del incremento del Producto Interior Bruto y de la renta por habitante, España seguía siendo uno de los países más pobres, con menor gasto público social (8,6% del PIB frente al 23% de Francia o el 28% de la República Federal Alemana) y con mayores desigualdades de su entorno.

Mientras en Europa occidental se construían distintos modelos de Estado del Bienestar, caracterizados por políticas de protección social, sistema fiscal progresivo y redistribución de rentas cuyo objetivo era reducir la desigualdad, la dictadura optaba por desarrollar un Estado de asistencia social (que incluía la creación de la Seguridad Social) financiado con el incremento de la presión fiscal sobre los salarios, agravando la ya notable regresividad del sistema, de manera que quienes menos tenían, pagaban proporcionalmente más impuestos. En sintonía con su carácter clasista en beneficio de los grandes empresarios y propietarios, el Estado franquista se sostenía sobre un sistema de impuestos mayoritariamente indirectos ⁴.

Las desigualdades y la falta de libertad hicieron que la década del desarrollismo fuera también la década del aumento de la contestación social y política al franquismo, sobre todo entre los trabajadores y en segundo lugar, en las universidades. Fueron

¹ ⁴ Los porcentajes del PIB corresponden a 1973. N. Sartorius y A. Sabio, *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España. Noviembre de 1975- Junio de 1977*. Madrid, Temas de Hoy, 2007, pp. 29-42; A. Soto, *Transición y cambio en España 1975-1996*. Madrid, Alianza editorial, 2005, p. 412; L. Moreno y S. Sarasa, *Génesis y desarrollo del Estado del Bienestar en España*. [En línea]. Instituto de Estudios Sociales Avanzados. Documento de Trabajo 92-13, pp. 16-19. [<http://www.iesam.csic.es/doctrab1/dt-9213.pdf>]

también los años del resurgimiento del nacionalismo vasco, que realizó las primeras movilizaciones de cierta entidad desde el inicio de la dictadura.

A pesar de que las huelgas y las organizaciones obreras eran ilegales y objeto de represión sistemática, las protestas de los trabajadores fueron continuas, principalmente en Barcelona, Guipúzcoa, Vizcaya, Asturias y Madrid y especialmente en el metal, el textil (uno de los pocos sectores con presencia destacada de mujeres), la construcción, la minería y la industria química.

En 1962, los mineros asturianos iniciaron una huelga que se extendió a las principales zonas industriales de España. Cuando se retiró la ola de protesta, en la que participaron entre 200.000 y 650.000 personas, no se volvió a la situación anterior. Al calor de la movilización se habían formado nuevos núcleos de militantes en las empresas, agrupados en Comisiones Obreras. Esta nueva forma de organización, iniciada en los años 50, era la respuesta de los trabajadores a la represión, que hacía imposible la extensión de la actividad de los sindicatos tradicionales, como CNT y UGT.

Las primeras Comisiones Obreras eran muy heterogéneas debido a las diferencias entre los sectores productivos, la diversidad de tradiciones políticas y sindicales de los territorios y las dificultades de los militantes antifranquistas para intercambiar experiencias. A pesar de esta dispersión, la mayoría de la Comisiones confluyeron en un movimiento unificado por elementos comunes: carácter unitario; voluntad de actuación abierta y pública combinada con una organización clandestina; uso de los recursos legales y de los medios de presión ilegales, como huelgas y manifestaciones; importancia de las asambleas de trabajadores; uso instrumental del sindicato vertical fascista (entrismo); protagonismo de reducidos núcleos clandestinos de militantes, formados generalmente por los miembros de las organizaciones políticas antifranquistas, principalmente PCE, y

también de grupos católicos y de la izquierda revolucionaria; defensa de reivindicaciones laborales junto a exigencias políticas como democracia y libertad⁵.

La segunda brecha en la dictadura se abrió en la universidad. Durante el curso 1964-1965, los estudiantes antifranquistas, liderados por el PCE y su rama catalana, el *Partit Socialista Unificat de Catalunya* (PSUC), lograron copar la mayoría de los cargos del Sindicato de Estudiantes Universitarios (SEU), forzando al régimen a disolverlo. En el mismo proceso, se desarrolló un sindicato democrático de estudiantes que, al igual que CCOO, era ilegal pero de masas.

La oposición ampliaba su alcance, y la actividad clandestina se complementaba con movimientos sociales que actuaban de manera pública. De esta manera, participar no era ya tan arriesgado y no exigía obedecer a un partido concreto para luchar por mejorar las condiciones laborales o lograr la libertad, la democracia o incluso un cambio social profundo en sentido socialista.

El PCE no abandonó su táctica de convocar acciones en toda España “desde arriba” en una fecha predeterminada, pero el protagonismo pasó a ser de las movilizaciones “desde abajo”, que nacían en un conflicto local y se extendían hasta llegar a una huelga que paralizaba toda una comarca, como la de Ferrol en Galicia o la del Bajo Llobregat en Cataluña en 1967.⁶

⁵ C. Molinero y P. Ysàs, *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*. Madrid, Siglo XXI, 1998, p. 119. Citado en P. Casanellas, *Morir matando El franquismo ante la práctica armada, 1968-1977*. Madrid, Los libros de la catarata, 2014; P. Ysàs, “La imposible paz social. El movimiento obrero y la dictadura”. *Historia del Presente* n° 9, 2007, pp. 10-25.

⁶ X. Domènech Sampere, “El cambio político (1962-1976). Materiales para una perspectiva desde abajo”. *Historia del presente* n° 1, 2002, pp. 46-67; X. Domènech Sampere, *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo. Lucha de clases, dictadura y democracia (1939-1977)*. Icaria, Barcelona, 2012, pp. 161-162

La persecución de los opositores fue especialmente intensa en los años sesenta y setenta. Entre 1956 y 1975 se declararon ocho estados de excepción, prácticamente uno cada dos años. El Tribunal de Orden Público (sucesor del Tribunal Especial de Represión de la Masonería y el Comunismo) realizó actuaciones contra 50.609 personas y procesó a 8.943. Además, 5.584 civiles fueron condenados en consejos de guerra, nueve presos políticos ejecutados y un centenar de personas murieron a manos de los cuerpos represivos y grupos parapoliciales.⁷

La mayoría de los antiguos militantes de la izquierda revolucionaria entrevistados para este libro coinciden en el impacto que les producían las torturas a los opositores, las ejecuciones de presos políticos, los disparos a trabajadores y estudiantes por repartir octavillas, las palizas de la policía a los manifestantes.

La rabia frente a la represión espoleó a una minoría de hombres y mujeres, jóvenes de clase trabajadora y estudiantes de clase media, a incorporarse a una militancia clandestina, de pequeñas reuniones, en organizaciones en las que sólo se conocía a los miembros de la propia célula para evitar delatar a otros compañeros bajo tortura. Era un activismo de cierta soledad y de miedo constante a la detención y a la infiltración policial.

El origen de las organizaciones revolucionarias

Una parte de quienes decidieron implicarse de manera activa en la lucha contra la dictadura, no se unieron al principal partido del antifranquismo, sino que optaron por el fragmentado espacio político situado a su izquierda, formado por nuevas corrientes de oposición nacidas en los centros de trabajo, en la universidad y en organizaciones sociales de la Iglesia como Hermanas Obreras de Acción Católica (HOAC), Juventud Obrera Católica (JOC) y Vanguardia Obrera (VO). Se trataba de iniciati-

⁷ P. Casanellas, *Morir matando El... Op. Cit.*, pp. 14-15.

vas muy diversas en cuanto a origen, referencias ideológicas y capacidad de actuación, pero que compartían el rechazo al régimen y la voluntad de impulsar un cambio revolucionario que superara el capitalismo.

En el conjunto de España, las principales formaciones anticapitalistas fueron la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), el Partido del Trabajo de España (PTE), el Partido Comunista de España (marxista-leninista) (PCE [ml]), el Movimiento Comunista (MC), la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), la Organización de la Izquierda Comunista (OIC), el Partido Comunista de España (reconstituido) PCE(r) y la CNT. En este libro analizaremos también la trayectoria de los grupos defensores de la autonomía obrera y de las Comunidades Cristianas Populares, y en el ámbito vasco, catalán, gallego y canario, abordaremos la evolución de las organizaciones independentistas y socialistas.⁸

La izquierda radical, junto al PCE, desempeñó un papel decisivo en la extensión de la movilización popular que había provocado la crisis de la dictadura, pero no su descomposición. El franquismo mantenía una importante base social y el aparato represivo intacto, por lo que las fuerzas de la oposición se vieron obligadas a actualizar sus estrategias basadas en un desmoronamiento del régimen que no se producía.

La primera organización que abordó esta tarea fue el PCE. Desde mediados de los 50, su nueva línea de actuación, bautizada primero como “política de reconciliación nacional” y más tarde como “pacto por la libertad”, se proponía superar los alinea-

⁸ Entre las organizaciones de menor relevancia entre 1975 y 1982 cuyo estudio no abordamos están las siguientes: Partido Comunista del Trabajo, Partido Comunista de España Unificado, Acción Comunista, Unión de Marxistas Leninistas, Unión Comunista, Comités Obreros, Plataformas de Lucha Obrera, Partido Obrero Socialista Internacional, Partido Socialista de los Trabajadores (PST), Liga Comunista (LC), Partido Obrero Revolucionario de España.

mientos de la guerra civil por medio de una alianza que uniera a todos los sectores sociales y políticos partidarios de derribar la dictadura y de sustituirla por un sistema democrático: desde comunistas hasta demócratacristianos y desde la clase obrera a la burguesía, incluyendo también a los militares. El partido dirigido por Santiago Carrillo apostaba por una vía al socialismo alternativa a la insurrección armada, que pasaba por la restauración de las libertades democráticas y el pluripartidismo.⁹

El PCE (m-l) y el FRAP

Entre las organizaciones de menor relevancia entre 1975 y 1982 cuyo estudio no abordamos están las siguientes: Partido Comunista del Trabajo, Partido Comunista de España Unificado, Acción Comunista, Unión de Marxistas Leninistas, Unión Comunista, Comités Obreros, Plataformas de Lucha Obrera, Partido Obrero Socialista Internacional, Partido Socialista de los Trabajadores (PST), Liga Comunista (LC), Partido Obrero Revolucionario de España.

Las resistencias dentro del PCE a la política de reconciliación nacional dieron lugar a una escisión en 1964, que tomó el nombre de PCE m-l y contó con el apoyo del Partido Comunista Chino (PCCh) y su único aliado en Europa, Albania, que alentaron rupturas en los partidos comunistas alineados con la URSS, como el español. Por este motivo, el maoísmo se convirtió en un referente para una parte de la izquierda radical.

Para acabar con la dictadura y hacer la revolución, el PCE (m-l) defendía la necesidad de la lucha armada, una señal de identidad del partido que, en cualquier caso, debía realizarse “ligada a las

⁹ E. Treglia. *Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero*. Madrid. Eneida, 2012, p. 267; F. Erice. “Santiago Carrillo y el partido del antifranquismo (1955-1975)”. *Historia del presente* nº 24, 2014, p. 52.

masas”. La alternativa de la nueva organización comunista se basaba en una alianza nacional democrática y anti imperialista, inspirada en la revolución china, que se plasmó en 1973 en la creación del *Frente Revolucionario Antifascista y Patriota* (FRAP). En este frente dirigido por el PCE (m-l) se integraron distintas organizaciones sectoriales como la Federación Universitaria Democrática Española (FUDE), la Federación de Estudiantes de Enseñanza Media, la Oposición Sindical Obrera, la Unión Popular de Artistas y la Juventud Comunista de España (marxista-leninista) (JCE [m-l]). El programa político unificador defendía el derrocamiento del régimen, el establecimiento de la república, el fin de la alianza militar con EEUU, la nacionalización de las grandes empresas monopolísticas, la reforma agraria, la renuncia a las colonias y la reforma del Ejército, columna vertebral del franquismo.¹⁰

En su primera etapa, el FRAP logró implantarse en universidades, institutos de enseñanza secundaria y barrios obreros de varias provincias, principalmente en Madrid y el País Valenciano. Sobre la base de una identidad política basada en el “antifascismo militante” y el rechazo al “imperialismo yanqui”,¹¹ desde

¹⁰ A. Domínguez Rama, “La violencia revolucionaria del FRAP durante el tardofranquismo”. En C. Navajas Zubeldía y D. Iturriaga Barco (eds.), *Novísima. Actas del II Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo*. Logroño, Universidad de La Rioja, 2010, pp. 395-399; L. Castro Moral, “La izquierda radical y la tentación de las armas”. En J.M. Roca, *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*. Madrid, Los libros de la catarata, 1994, p. 142; C. Hermida Revillas, “La oposición revolucionaria al franquismo: el Partido Comunista de España (marxista-leninista) y el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota”. *Historia y comunicación social*, 2. Servicio de Publicaciones Universidad Complutense, Madrid, 1997, p. 299

¹¹ Dos datos pueden dar una idea aproximada de la fuerza del FRAP. En 1975, las personas detenidas por pertenecer al FRAP, sólo en el País Valenciano, fueron más de 800. En el curso 74-75, la FUDE-FRAP era una de las principales organizaciones políticas en la Universidad Complutense de Madrid, junto al PCE y la Joven Guardia Roja-PTE. G. Valdevira González, *El Movimiento Estudiantil en la crisis del franquismo: La*

el frente dirigido por el PCE m-l se inició la respuesta violenta a la represión. En la manifestación convocada por el FRAP el primero de mayo de 1973 en Madrid, los “grupos de autodefensa” armados con barras de hierro y navajas hicieron frente a las cargas de la policía matando a un agente e hiriendo a varios más.

El franquismo reaccionó deteniendo y torturando a miembros del FRAP y del PCE m-l y el partido decidió dar el salto a la lucha armada, creando los Grupos de Combate, que realizaron sus primeros atentados en los que mataron a tres policías. La reivindicación fue realizada directamente por el FRAP, lo cual contribuyó a su caracterización como un grupo armado cuando en realidad se trataba de un frente de grupos sociales y políticos que respaldaba el uso de la violencia contra la dictadura.

La respuesta del régimen consistió de nuevo en cientos de detenciones de activistas, que en su mayoría fueron sometidos a torturas. Tres militantes del FRAP (Ramón García Sanz, José Luis Sánchez Bravo y Xosé Humberto Baena) fueron fusilados junto a dos miembros de *Euskadi Ta Askatasuna* (ETA) (Ángel Otaegi y Juan Paredes “Txiki”) el 27 de septiembre de 1975, tras ser condenados en unos simulacros de juicio.

Los fusilamientos del 27 de septiembre de 1975 provocaron movilizaciones en varios países europeos y el aislamiento internacional de la dictadura. En España, la respuesta fue impulsada por la izquierda radical y la independentista y alcanzó su mayor extensión en el País Vasco y Navarra, donde crecía el apoyo a ETA, y cientos de miles de trabajadores secundaron una huelga general de tres días. En el resto del país, la negativa del PCE a participar hizo que la protesta fuera más reducida, aunque se expresó en los ámbitos más variados, desde la música al deporte. Luis Eduardo Aute compuso la canción “Al alba” en homenaje a los cinco militantes antifranquistas ejecutados y dos fut-

Universidad Complutense (1973-1976). Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1992, p. 642; Grupo Adelvec. *FRAP, 27 de septiembre de 1975*. Vanguardia Obrera, Madrid, 1985, p. 60.

bolistas del Rácing de Santander, Sergio Manzanera y Aitor Aguirre salieron al campo de El Sardinero con brazaletes negros, como también hizo la plantilla del Athletic de Bilbao en el estadio de Los Cármenes en Granada.¹²

La ORT

Otra de las formaciones radicales con mayor implantación en las luchas obreras fue la ORT, una evolución de la Acción Sindical de Trabajadores (AST), nacida a comienzos de los sesenta a partir de las Vanguardias Obreras, organización de la acción social católica dependiente de la orden de los jesuitas. La AST se definía como un sindicato aconfesional y revolucionario y aportó a la creación de CCOO su influencia entre algunos de los sectores obreros más combativos como metal, textil, artes gráficas y transportes.

Dentro de CCOO, la competencia con el PCE empujó a la AST a convertirse en un grupo político y en 1969, se transformó en la ORT, que jugó un papel central en el impulso del movimiento obrero en Madrid, Navarra, Badajoz y Huelva, así como en el nacimiento del movimiento ciudadano en Madrid.¹³

La ORT adoptó el centralismo democrático como forma de organización y el marxismo leninismo como ideología, alineándose con las posiciones de China, enfrentada a la URSS. El nuevo partido incorporó a un pequeño grupo de trabajadores de servicios, profesionales y universitarios provenientes de la Federación de Estudiantes de las Congregaciones Universitarias Ma-

¹² C. Hermida Revillas, “La oposición revolucionaria al...” Op. Cit, p. 307; Grupo Adelvec. *FRAP, 27 de...* Op. Cit, pp. 32, 35-36 y 311; “Un gesto por la democracia”. *El País*, 17.10.2005.

¹³ J. Molina Blázquez, *Apuntes para: orígenes y evolución de la Organización Revolucionaria de Trabajadores*. Diciembre 2009. [http://ort-ujm.es/main/index.php?option=com_content&view=article&id=263&Itemid=123]

rianas, de donde salió el núcleo dirigente.

La ORT valoraba que el franquismo era incapaz de evolucionar hacia un sistema democrático y por tanto sólo existían dos opciones: mantener un régimen que por más reformas que hiciera no dejaría de ser fascista, o la revolución democrático-popular, alternativa que consideraban factible en un escenario marcado por “la descomposición” de la dictadura, “el auge de la lucha de masas” y “el aumento de la represión”.¹⁴

El PCE (i) y el PTE

En Cataluña, el crecimiento de las movilizaciones obreras y estudiantiles a mediados de los sesenta generó un debate dentro del PSUC, la organización catalana del PCE. En Barcelona, los estudiantes del principal partido del antifranquismo apostaban por acelerar el ritmo de la protesta en la universidad y las empresas, frente a la posición del líder de las CCOO barcelonesas, también militante del PSUC, de “no pegar tirones”, considerando que no se daban las condiciones para intensificar las huelgas. Este mismo debate se produjo también en el sector estudiantil del PCE sevillano.

En 1967, la declaración del Comité Ejecutivo del PCE que llamaba a frenar la movilización y a tratar de llegar a un acuerdo con los sectores aperturistas de la dictadura desencadenó la escisión del “Grupo Unidad”, formado por unos ochenta militantes, mayoritariamente universitarios, que pronto conectaron con estudiantes y obreros del PCE en Sevilla, Madrid, Valencia y Asturias. Este fue el origen del Partido Comunista de España (internacionalista), PCE (i), que comenzó a editar el periódico *Mundo Obrero Rojo*.

¹⁴ Para los dos párrafos anteriores: C. Laiz, *La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española*. Madrid, Libros de la Catarata, 1995, pp. 105-107 y 111-115.

Los núcleos de Madrid y Asturias fueron infiltrados por la policía. Las detenciones, unidas a diferencias internas y a errores como el abandono de CCOO para crear un sindicato propio, estuvieron cerca de acabar con el joven partido, que optó por los atracos a bancos para financiar los gastos necesarios para funcionar en la clandestinidad, como pisos, imprentas, propaganda o viajes de enlace.

El PCE (i) logró implantarse en Barcelona y tras superar una nueva operación represiva, que se saldó con la pérdida del aparato de propaganda y la detención y tortura de una veintena de militantes, realizó su I Congreso en 1973, donde se constituyó como un partido marxista-leninista pensamiento Mao Tse-Tung y se eligió al comité central y a la cúpula dirigente.

En este congreso, además, se ratificó la nueva línea política, elaborada por la dirección. El objetivo principal pasaba a ser buscar la unidad de todos los sectores antifranquistas mediante un programa democrático común que hiciera posible la insurrección – considerada como la única vía para derrocar la dictadura- y estableciera un Gobierno Provisional Democrático. Para ello se pretendía crear un frente único de la clase obrera, que liderara el frente popular. En la práctica, el primer paso era entrar en CCOO y en las plataformas unitarias de la oposición, como la Asamblea de Cataluña, donde el PCE (i) ingresaría poco después.

Una vez lograda la democracia liberal, que requería la amnistía, el derecho de autodeterminación, y el desmantelamiento del aparato de Estado fascista, el PCE (i) se proponía proseguir la lucha para sustituir el Estado burgués por la dictadura del proletariado y continuar avanzando hacia el socialismo.

En febrero de 1975, el PCE(i) cambió su nombre por el de Partido del Trabajo de España (PTE) y se integró en la Junta Democrática de España (JDE), la plataforma unitaria de oposición liderada por el PCE .¹⁵

¹⁵ J. L. Martín Ramos. “Los orígenes de una nueva formación” En J. L.

La OCE-BR

Del PSUC salieron también, a finales de los años sesenta, los estudiantes que formaron la Organización Comunista de España (Bandera Roja) (OCE [BR]), un partido que sintetizaba propuestas maoístas y socialistas libertarias y que logró una fuerte implantación en CCOO y las asociaciones de vecinos de Barcelona. A mediados de los años setenta, la mayor parte de la nueva organización, unos 350 militantes, reingresó en el PSUC, que había seguido siendo su referente.¹⁶

La OMLE y el PCE(r)

La crítica a la política de reconciliación nacional del PCE también estuvo en el origen de la Organización de Marxistas Leni-nistas de España (OMLE), creada por comunistas españoles emigrados a Francia, Bélgica y Suiza. En 1971 los activistas del interior, (fundamentalmente en Cádiz y Madrid), propusieron un funcionamiento centralizado dirigido por un equipo dedicado a tiempo completo (“liberados”) y se hicieron con el control del grupo. Poco después, se unió a la OMLE un núcleo de militantes obreros con larga trayectoria en el Partido Comunista de Galicia y sus juventudes, que abandonaron por diferencias tácticas en las huelgas de Vigo y Ferrol, en las que apostaban por intensificar la movilización. En 1975, la OMLE se refundó como Partido Comunista de España (reconstituido) (PCE[r]). El

Martín Ramos (coord), *Pan, Trabajo y Libertad. Historia del Partido del Trabajo de España*. Barcelona, El viejo topo, 2011, pp. 17- 69; F. Moreno Sáez, *El partido del Trabajo de España en la provincia de Alicante*. [<http://www.pte-jgre.com/>]; M. Gracia Luño, “La refundación del partido: estrategia, táctica y línea de masas” En J. L. Martín Ramos (coord), *Pan, Trabajo y Libertad. Historia del Partido del Trabajo de España*. Barcelona, El viejo topo, 2011, pp. 71-155.

¹⁶ G. Pala, “Una semilla de discordia. La entrada de Bandera Roja en el PSUC”. *Revista HmiC*, nº 11, 2011, pp. 140-163

nuevo partido seguía manteniendo que no era posible que el derrocamiento de la dictadura diera lugar a una democracia parlamentaria, por lo que la única alternativa era la guerra revolucionaria que permitiría al pueblo tomar el poder. El PCE (r) no lograba incidir de forma significativa en la creciente conflictividad social y política, entre otras cosas, por su rechazo a participar en CCOO.

El nacionalismo revolucionario vasco y el MC

El nuevo movimiento obrero que se desarrolló en los años sesenta alcanzó sus mayores niveles de radicalidad y extensión en las provincias vasco navarras, donde pronto se relacionó con el nacionalismo vasco configurado en torno a ETA, una organización nacida en 1959 sobre la ola del resurgimiento del vasquismo cultural y social, que se proponía luchar con las armas contra el régimen franquista para lograr una Euskadi independiente y democrática (que incluía Navarra) como etapa previa al socialismo.

La existencia de un enemigo común, la dictadura fascista, facilitó que el nuevo nacionalismo vasco aterrizara en las reivindicaciones laborales, iniciándose un proceso que transformó tanto al movimiento obrero como a ETA, cuya V asamblea, en 1966, acabó en escisión. Por una parte ETA-berri, el sector que evolucionaba hacia el marxismo y daba prioridad a la lucha obrera en CCOO y que, tras perder la batalla por las siglas, se convirtió en 1969 en el Movimiento Comunista Vasco-*Komunistak* (MCV). Por otra parte, ETA V, que adoptó la doctrina del nacionalismo revolucionario y elaboró el concepto de «Pueblo Trabajador Vasco», como conjunto de clases sociales con conciencia nacional vasca y sometidas a la burguesía. El factor determinante de la nación vasca dejaba de ser la lengua, el euskera, para ser la conciencia nacional, lo cual facilitaba la integración de los inmigrantes de otras partes de España.

ETA V se reafirmó en la prioridad de la lucha armada y preparó los primeros atentados mortales. Tras el fallecimiento de Txabi Etxebarrieta en un enfrentamiento con miembros de la Guardia Civil, en el que también perdió la vida el agente José Pardines, ETA mató a Melitón Manzanos, comisario jefe de la policía política de Guipúzcoa, colaborador de la GESTAPO nazi en los años 40 y destacado torturador de opositores. La dictadura respondió con un estado de excepción y con dos millares de detenciones, que dejaron al grupo casi desmantelado, pero con un creciente respaldo social. Las nueve penas de muerte dictadas en el proceso de Burgos contra los dirigentes de ETA fueron conmutadas por la fuerza de la presión popular, sobre todo en el País Vasco y Navarra (donde se realizó una huelga general de amplio seguimiento), y menor en el resto de España y en Europa. Con una izquierda independentista débil y embrionaria, la movilización fue impulsada por el movimiento obrero, las organizaciones comunistas, los grupos estudiantiles y el clero antifranquista. La lucha contra la represión se iba convirtiendo en una prioridad para toda la oposición.

En 1971 la VI asamblea de ETA dio lugar a una nueva escisión. La parte principal, ETA-VI, que apostaba por priorizar la lucha obrera y buscar la confluencia con la izquierda española, fue expulsada y, tras abandonar la lucha armada y el nacionalismo, se fusionó en su mayor parte con la LCR, mientras que un pequeño sector se integró en la ORT. La minoría, que mantuvo las siglas de ETA, se reafirmó en la búsqueda de una alianza entre fuerzas nacionalistas vascas y en el protagonismo de los atentados. A pesar de su debilidad numérica, reconstruyó el frente militar, y en 1973 logró acabar con el presidente del Gobierno de la dictadura, el almirante Luis Carrero Blanco, por medio de un coche bomba en Madrid.

Estos atentados fueron bien acogidos por una parte de la sociedad vasca y convirtieron a ETA en el principal referente de un nuevo sector social independentista de izquierdas y de un espacio político diferenciado del nacionalismo tradicional y de la

izquierda revolucionaria: la izquierda abertzale.¹⁷

Una de las primeras escisiones obreristas de ETA, el Movimiento Comunista Vasco, optó por extender su actuación a toda España, y tras absorber a pequeños grupos revolucionarios en Zaragoza, País Valenciano¹⁸, Asturias y Madrid¹⁹, pasó a llamarse Movimiento Comunista de España (MCE).

En su primera etapa, el MCE consideraba inviable una reforma democrática de la dictadura, pues valoraba que la debilidad de la burguesía española no le permitía aceptar un sistema parlamentario. La única salida al franquismo era la revolución, a la que se llegaría a través de una Guerra Popular Prolongada, desde el campo a la ciudad, que desembocaría en una etapa democrático popular, tal y como establecía la formulación maoísta clásica²⁰.

En 1974, el MCE viraba su línea política, aceptando la posibilidad de que la dictadura fuera sustituida por una democracia liberal. El objetivo inmediato pasaba a ser la lucha por la ruptura, lo cual requería trazar alianzas con aquellos que pretendieran la democracia más avanzada, pues las libertades se consideraban no sólo un bien en sí mismo sino también un medio que permi-

¹⁷ D. Díaz Alonso, *Rojos y abertzales. La metamorfosis de las izquierdas vascas en la transición*. Coetánea: III Congreso Internacional de Historia de Nuestro Tiempo, 2012, pp. 291-300; E. Majuelo, *Historia del sindicato LAB. Langile Abertzaleen Batzordea (1975-2000)*. Tafalla, Txalaparta, 2000; P. Idoyaga, “Evolución de ETA VI (1970- 1973)”. En M. Caussa y R. Martínez i Muntada (eds.), *Historia de la Liga Comunista Revolucionaria (1970-1991)*. Madrid, La oveja roja, 2014.

¹⁸ Durante la transición, toda la izquierda se refería al País Valenciano para nombrar a las provincias que hoy forman la Comunidad Autónoma Valenciana, por lo que utilizaremos este término.

¹⁹ C. Laiz. *La lucha final... Op. Cit*, pp. 120-132

²⁰ “Sólo una guerra popular podrá acabar con el fascismo”, *SERVIR AL PUEBLO, Órgano de la dirección del Movimiento Comunista de España* nº 15, mayo 1973; Entrevista a Javier Romeo, 24.05.10; C. LAIZ. *La lucha final... Op. Cit*, pp. 135-136.

tiría el desarrollo de las alternativas revolucionarias. El MCE se centraba en lograr las libertades democráticas, que incluían la disolución de los cuerpos represivos y el enjuiciamiento a los responsables de la represión franquista.²¹

En enero de 1976, el partido pasaba a llamarse MC, incorporando cada territorio su nombre: MC de *Catalunya*, de Euskadi (EMK), de Galicia, del *País Valencià*, de *les Illes*.²²

La LCR

La LCR fue en sus inicios un pequeño grupo nacido a partir de *Comunismo*, un colectivo de militantes universitarios procedentes del Frente de Liberación Popular (FLP) en Madrid y del Frente Obrero y Campesino de Barcelona. Estos jóvenes habían participado en el sindicalismo democrático estudiantil, donde se habían enfrentado al principal partido del antifranquismo, el PCE, al que achacaban un funcionamiento burocrático y una línea política reformista. Sus miembros se reivindicaban leninistas, pero preferían definirse a sí mismos como marxistas revolucionarios para diferenciarse de los partidos comunistas que defendían la herencia de Stalin. En 1971, la LCR creció gracias a la fusión con ETA-VI, una escisión de ETA que defendía la primacía de la lucha de clases por encima del independentismo y había renunciado a la lucha armada para dar prioridad al impulso de CCOO. Muy pronto, la organización trotskista sufrió su primera escisión, provocada por “los mitos y hábitos sectarios y doctrinarios, inevitables en una prolongada existencia a contracorriente de grupos muy reducidos”, que convertían rápidamente un desacuerdo concreto en una ruptura de principios.

²¹ MCE. “Línea política e ideológica”. 1975. Archivo Alejandro Molins; MC “Qué es el MC”. 1977. Archivo Alejandro Molins; Entrevista a Eugenio del Río realizada por Consuelo Laiz, 29.1.1993; Entrevista a Gabriel Flores, 29.06.2010; Entrevista a Javier Romeo, 24.05.2010

²² MC “Nuestros objetivos”. 1976. Archivo Alejandro Molins.

El debate sobre la posición ante el nuevo movimiento obrero organizado principalmente en CCOO, dio lugar a las tendencias “Encrucijada”, liderada por el comité provincial de Barcelona y “En Marcha” dirigida por el Buró Político, que discutían “si la conciencia política avanzaba sólo a partir de su movilización unitaria o lo hacía fundamentalmente por medio de experiencias de acción radicales”. De estas dos posiciones derivaban sendas orientaciones políticas: “propaganda por el frente único de organizaciones obreras o una política de iniciativas del partido para promover acciones tan masivas como fuera posible, para desbordar el control del reformismo”. El debate se transformó en una diferencia de principios fundamentales sobre “la unidad de la clase obrera” que dividió al pequeño partido por la mitad. La tendencia “Encrucijada” se escindió y formó la Liga Comunista (LC), que optó por abandonar CCOO y realizar su labor sindical en el sindicato socialista UGT.

La LCR planteaba que, aunque la burguesía española se identificaba con el franquismo, el auge de las luchas de masas podría llevarla a aceptar una reforma democrática de la dictadura para neutralizar la movilización social. En ese caso, la formación trotskista trataría de impulsar la organización de consejos obreros para lanzarse a la toma del poder del Estado.²³

Otras organizaciones revolucionarias en Galicia, Cataluña y Canarias

Al igual que en el País Vasco, en Galicia, Cataluña y Canarias se formaron organizaciones que combinaron el anticapitalismo con la reivindicación nacionalista. En Galicia nacieron el *Partido Socialista Galego* (PSG), un grupo marxista que defendía el derecho de autodeterminación -aunque no la independencia-, y

²³ M. Romero, “El trotskismo de la Liga”. En D. Bensaid, *Trotskismos*. Barcelona, El Viejo Topo, 2007, pp. 101 y 102; C. Laiz. *La lucha final... Op. Cit*, pp. 150 y ss.

la *Unión do Pobo Galego* (UPG), una formación marxista-leninista y maoísta que consideraba a Galicia como una colonia de España y planteaba la autodeterminación como vía a un socialismo, basado en la nacionalización de las grandes empresas y en la extensión de las cooperativas agrarias. El nuevo partido nacionalista contaba inicialmente con militantes en Vigo y se fue extendiendo gracias a su labor en conflictos obreros, en luchas campesinas contra las expropiaciones de tierras para construir centrales hidroeléctricas y por medio también de la creación de grupos culturales de teatro, música tradicional y lengua gallega. Su base social estaba formada principalmente por obreros industriales y trabajadores de servicios, que formaron el *Sindicato Obreiro Galego* (SOG) y también por campesinos, que constituyeron las *Comisións Labregas* (CL), en un sector que a comienzos de los años setenta ocupaba a la mitad de la población activa gallega. La UPG intentó formar un grupo armado, pero la policía lo desmanteló antes de que pudiera consolidarse, en una operación en la que murió uno de sus militantes más destacados, Moncho Reboiras.²⁴

En Cataluña, el nacionalismo revolucionario compensó su menor presencia en las luchas obreras y vecinales con la participación del *Partit Socialista d'Alliberament Nacional* (PSAN) en uno de los organismos unitarios de la oposición más potentes, la Asamblea de Cataluña.²⁵

En las islas Canarias se desarrollaron varios grupos anticapitalistas que defendieron la autodeterminación y en algunos casos, la independencia. Tres de estos colectivos eran escisiones del

²⁴ J. Beramendi y X. M. Núñez Seixas, *O nacionalismo galego*. Vigo, A Nosa Terra, 1995; R. Máiz, “Nación de Breogán: oportunidades políticas y estrategias enmarcadoras en el movimiento nacionalista gallego (1886-1996)”. *Revista de estudios políticos*, Nº 92, 1996, pags. 33-77

²⁵ R. Buch i Ros, *El Partit Socialista d'Alliberament Nacional del Països Catalans* (PSAN) (1968-1980). *Evolució política i anàlisi interna d'un partit revolucionari i independentista*. Tesis doctoral. UAB 2010. Director Isidre Molas

PCE: Partido Comunista Canario provisional (PCC-p), las Células Comunistas (CC) y el Partido de Unificación Comunista de Canarias (PUCC). Junto a estas organizaciones existía también una corriente cristiana de izquierdas con fuerte implantación en las luchas obreras y vecinales. La confluencia de estas formaciones daría lugar a una de las experiencias más interesantes de la izquierda radical en la transición, como veremos en detalle más adelante

Las Comunidades Cristianas Populares

La presencia de los sectores cristianos en la mayor parte de los grupos revolucionarios y en las principales luchas laborales y vecinales se explica por la importancia de las organizaciones de la acción católica. Fundadas en los 40 para la “reconquista” de la clase obrera dentro de los parámetros ideológicos del nacionalcatolicismo, estas asociaciones habían seguido un camino no previsto por la jerarquía eclesial, implicándose en las huelgas y en la construcción del nuevo movimiento obrero, al que también se incorporaron algunos sacerdotes, que ofrecían los locales parroquiales, denunciaban las detenciones y torturas, e instaban a sus superiores a distanciarse de la dictadura. Esta deriva hizo que la dirección de la Iglesia católica, uno de los principales puntales del franquismo, decidiera dismantelar la Hermandad de Obreros de Acción Católica (HOAC), la Juventud Obrera Católica (JOC), la Vanguardia Obrera (VO) y la Acción Católica Obrera a mediados de los años sesenta.²⁶

Muchos de los militantes de estas organizaciones se integraron en las nacientes comunidades de base impulsadas por sacerdotes obreros, puesto que además de participar en asociaciones, partidos y sindicatos ilegales, necesitaban espacios donde poder

²⁶ R. Díaz Salazar, *El factor católico en la política española*. Madrid, PPC, 2006, pp. 87-95, 97- 98 y 106-110.

desarrollar y vivir sus creencias cristianas.

En las asambleas de las comunidades se denunciaba la explotación laboral, el paro, las torturas, la falta de servicios básicos como educación, sanidad y vivienda, la ausencia de libertad sindical, y la opulencia de la Iglesia. La celebración de asambleas conjuntas entre comunidades y los restos de las organizaciones de Acción Católica como HOAC, VO, Movimiento Católico de Empleados o Movimiento de Apostolado Seglar dio paso a la creación de la Federación de Asambleas Cristianas (FAC) en 1967. La dictadura se empleó a fondo, acosando y deteniendo a sus militantes, entre ellos al cura obrero Mariano Gamo. El régimen también utilizó al grupo parapolicial Guerrilleros de Cristo Rey, cuyos miembros irrumpían en las iglesias armados con pistolas y cadenas apaleando a los asistentes. La FAC no pudo sobreponerse a la represión y, agotada por su lucha contra los obispos, se disolvió a finales de 1969. Una parte de estos activistas abandonaron sus creencias religiosas o se retiraron a la vida privada. Otros, cuyo compromiso social y político nacía de su fe católica, optaron por integrarse en comunidades de base, algunas de las cuales se constituyeron en 1976 como Comunidades Cristianas Populares. En la creación de esta nueva organización los restos de las Vanguardias Obreras desempeñaron un papel central, aportando radicalidad obrera y una estructura horizontal de carácter libertario.²⁷

El movimiento libertario

²⁷ J. Domínguez, *Organizaciones obreras cristianas en la oposición al franquismo (1951-1975)*. Bilbao, Mensajero, 1985, pp. 339-348 y 406-407; J. Fernández Segura, *La participación de los católicos en el movimiento obrero de Barcelona (1946-1978)*. Barcelona, 2005, Tesis doctoral. Pp. 289-290; J. J. Tamayo Acosta, *Comunidades cristianas populares: ensayo de teología narrativa*. Salamanca, Ediciones Sígueme, 1981, pp. 42 y 46-49; J. Domínguez, “Las Vanguardias Obreras...” Op. Cit, pp. 63-64.

Además de las diferentes tendencias marxistas, la izquierda revolucionaria estaba formada también por una corriente libertaria. Su referente histórico, el sindicato CNT, se encontraba desde la década de los sesenta dividido en exilio y prácticamente desaparecido en el interior²⁸. Los veteranos anarcosindicalistas, que habían mantenido una reducida actividad sobreponiéndose a detenciones y encarcelamientos, optaron por cerrar los sindicatos de oficio y su relevo fue asumido por núcleos de jóvenes activistas, que comenzaron a ensayar otras formas organizativas.

Entre los nuevos colectivos libertarios destacaban los Grupos Solidaridad, activos en Madrid, Cataluña, País Valenciano y Andalucía y unidos a través de la escuela creada por el cenetista Félix Carrasquer en el exilio francés. En Solidaridad participaban militantes del sindicato de origen cristiano Federación Sindical de Trabajadores (FST), que desempeñaron un papel relevante en algunas movilizaciones obreras en Barcelona, donde se infiltraron en el sindicato vertical. En esta misma ciudad se desarrollaron también los Grupos Obreros Autónomos, la Organización Libertaria de Trabajadores y el Movimiento Comunista Libertario, que tuvieron cierta iniciativa en protestas laborales y vecinales. En Madrid se crearon los Grupos Autónomos, que lograron implantación entre los trabajadores de la construcción.

Estos grupos lideraron la reconstrucción de la CNT en Madrid y Barcelona, un proceso al que se sumaron militantes anarcosindicalistas de larga trayectoria, como Juan Gómez Casas, dirigente cenetista excarcelado en 1964 tras su detención a finales de los 40, que había publicado la obra de referencia *Historia del anarcosindicalismo español* en la editorial ZYX.²⁹

²⁸ A. Herrerrín López, *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939-1975)*. Madrid, Siglo XXI, 2004.

²⁹ Grupo Solidaridad y Grupos Autónomos. “Propuesta para una recons-

En las primeras asambleas clandestinas de relanzamiento de la CNT, se planteó la necesidad de superar la etapa de grupos de afinidad para pasar a construir sindicatos de rama, un objetivo que requería aumentar el escaso número de activistas con influencia en las empresas³⁰. En Madrid se eligió un primer Comité Regional de Centro, compuesto por dos veteranos anarcosindicalistas y tres miembros de Solidaridad³¹, que asumió provisionalmente las funciones del Comité Nacional.

La expansión de la central anarcosindicalista, que también cuajó en Asturias, País Valenciano y Andalucía, se hacía partiendo de sus principios clásicos: lucha por la mejora de las condiciones laborales, reivindicación del comunismo libertario, acción directa (resolución de los problemas por los propios afectados, sin intermediarios) y anti-parlamentarismo como métodos de actuación y organización asamblearia basada en sindicatos únicos de rama.³²

trucción”. Madrid, octubre de 1975. AFSS. Fondo CR1. Serie 001. Reconstrucción CNT Madrid 1973-1975; J. Zambrana, *La alternativa libertaria. Catalunya 1976-1979*. Barcelona, Edicions Fet a Mà, 2000, pp. 48 y ss.

³⁰ “Conclusiones y acuerdos...”, Asamblea Constitutiva CNT Madrid. Grupos Reunión de la Sierra. Madrid, octubre 1975. AFSS. Fondo CR1. Serie 001. Reconstrucción CNT Madrid 1973-1975; “Orden del día. Asamblea Constitutiva CNT Madrid”. Grupos Reunión de Carabanchel. Madrid, octubre 1975. AFSS. Fondo CR1. Serie 001. Reconstrucción CNT Madrid 1973-1975; “Conclusiones del análisis...”. Grupos Reunión de Carabanchel. Madrid, octubre, 1975. AFSS. Fondo CR1. Serie 001. Reconstrucción CNT Madrid 1973-1975

³¹ El primer Comité Regional del Centro estuvo integrado por Fidel Gorrón (secretario general), Carlos Ramos (organización), Miguel Arenal (acción sindical), Luis Altable (relaciones) y Eusebio Azañedo (tesorería).

³² CNT-AIT. “La CNT a la clase trabajadora en España”. Enero 1976. AFSS. Fondo CR2 CNT (1976-1979). Serie 001 Comité Nacional Carpe-ta 070.

La autonomía obrera

A caballo entre el anarquismo y el marxismo se desarrolló otra corriente revolucionaria, la autonomía obrera, caracterizada por la defensa de las asambleas soberanas de trabajadores y la crítica antiautoritaria a los partidos, y en menor medida, a los sindicatos. Sus integrantes formaron pequeños núcleos que participaron en las luchas obreras asamblearias por todo el país, pero en muy pocas ocasiones lograron coordinarse más allá del ámbito local.

El sector más organizado y con mayor recorrido práctico y teórico provenía de un grupo de activistas de la Acción Católica, que a comienzos de los años sesenta formaron un colectivo clandestino, el grupo ZYX, aprovechando la infraestructura de la editorial del mismo nombre, fundada por la HOAC.

Tras una década dedicada a la difusión cultural de textos que trataban de conjugar anarquismo, marxismo y cristianismo desde el común denominador del anticapitalismo, una parte del grupo ZYX optó por formar Liberación, una “organización integral al servicio de la autoorganización de la clase obrera”. Organización integral quería decir que se rechazaba la división entre el sindicato para las reivindicaciones económicas y el partido para las políticas y por tanto, se proponía abordar cuestiones políticas, sociales, culturales y sindicales. Organización integral quería decir también que se trataba de algo más que un colectivo activista, en la medida que tenía una dimensión comunitaria en la búsqueda de nuevas formas de vida alternativas a las del capitalismo, basadas en la igualdad entre hombres y mujeres. En el grupo de base, denominado equipo, junto a las cuestiones políticas se abordaba la transformación de la vida cotidiana de los militantes, que aunque no vivían en comunas, sí compartían parte de sus ingresos para la organización y también

para la vida personal.³³

Sin conexión con Liberación, pero desde posiciones similares de defensa del protagonismo de las asambleas de fábrica, en la Barcelona de finales de los años sesenta, varios grupos de militantes anticapitalistas lograron cierta incidencia en el movimiento obrero. Algunos de estos colectivos, como los Círculos Obreros Comunistas, que contaban con una larga trayectoria iniciada en el *Front Obrer de Catalunya* (FOC), se unificarían en un partido, la Organización de la Izquierda Comunista de España (OICE), donde confluyeron con grupos de trabajadores asambleístas de Córdoba, Álava y Guipúzcoa.

Al margen de estas organizaciones, pero con planteamientos parecidos, algunos grupos autónomos activos en las luchas laborales y vecinales formaron una pequeña organización armada en Cataluña, el Movimiento Ibérico de Liberación (MIL). Su actividad se centraba en la edición y distribución de textos consejistas y en la realización de atracos para ayudar a sostener las huelgas asamblearias y apoyar a los trabajadores despedidos.

La represión acorraló a estos militantes y los sectores asambleístas del movimiento obrero que recibían los fondos obtenidos por el MIL comenzaron a valorar que vincularse a un grupo armado suponía demasiados riesgos. En septiembre de 1973, tras un tiroteo en el que murió un miembro de la Brigada Político Social, la policía política detuvo a varios activistas del MIL. Uno de ellos, Salvador Puig Antich, fue condenado a muerte. A diferencia de lo ocurrido tres años antes en el proceso de Burgos contra la dirección de ETA, las protestas fueron impulsadas fundamentalmente por la izquierda radical. La movilización fue muy reducida y no logró salvar la vida del militante anticapitalista, que fue ejecutado el 2 de marzo de 1974 junto al ciudadano alemán Heinz Chez. La imposibilidad de mantener una

³³ “Liberación” *Posible*. Número 105, 13-19 enero 1977; Entrevista a Felipe Aguado y Julio Rogero, 18.1.2013.

relación directa y fluida con los sectores asambleístas y la presión policial provocaron la disolución del MIL. De la campaña realizada para intentar salvar la vida del joven revolucionario, nacieron pequeños grupos autónomos (coordinados algunos de ellos bajo el nombre de Grupos de Acción Revolucionaria Internacionalista) que siguieron realizando atentados sin víctimas en España y Francia en apoyo a los presos políticos.

Como puede verse, el espacio político a la izquierda del PCE estaba muy fragmentado. Las numerosas organizaciones y corrientes que buscaban no sólo acabar con la dictadura sino también avanzar hacia un sistema socialista (sobre cuyas características había importantes diferencias) compartían una misma base social, la izquierda radical sociológica y eran reconocidas como una amenaza por el régimen franquista, que las reprimió con especial intensidad.

En noviembre de 1975, la muerte del jefe del Estado Francisco Franco no supuso el fin de la dictadura, que se mantuvo sin fisuras significativas, pero sí agudizó la crisis política, provocada por la fuerza del antifranquismo, principalmente el movimiento obrero, que había generado unas oportunidades de cambio político sin precedentes desde la II República. Influir en el cambio pasaba a ser el objetivo principal de todos los actores políticos, desde los dirigentes de la dictadura encabezados por el presidente Arias Navarro, que apostaban por reformas menores que mantuvieran la esencia del franquismo, hasta la oposición liderada por el PCE, que defendía la restauración de la democracia. Dentro del antifranquismo, la izquierda revolucionaria, perseguida y fragmentada, se marcaba su principal objetivo inmediato, el desmantelamiento del aparato de Estado de la dictadura como requisito para recuperar la democracia política, y desde ahí, abordar su propósito final: la superación del capitalismo y la creación de un sistema socialista.

¿Cuál fue finalmente el alcance del cambio? ¿Qué hizo y qué propuso la izquierda radical? ¿Con qué resultados? A estas pre-

guntas intenta responder este libro, analizando no sólo la línea política, sino también y sobre todo, la intervención social y las ideas de los militantes, los hombres y mujeres que impulsaban las luchas.

